

“La eliminación de la identidad palestina en el campus, Nur Agbaria, Universidad de Haifa, 14.7.2025

Introducción

Buenas tardes. Creo que vamos a comenzar nuestro encuentro diario que, como suele decir Ayelet, es a la vez un espacio de aprendizaje y de protesta. En esta ocasión, dirigimos nuestra mirada a las experiencias y sentimientos de estudiantes palestinos árabes en los campus israelíes. Nos complace mucho dar hoy la bienvenida a Nur Agbaria, estudiante de Derecho en la Universidad de Haifa. Naturalmente, sus vivencias se refieren principalmente a la Universidad de Haifa, pero nos parece que en otros campus la situación no es muy diferente. Así que, Nur, adelante: tienes ocho minutos y, después, como mencionamos, habrá preguntas a través del chat.

Conferencia

Buenas tardes a todas y todos. Realmente es un reto condensar todo esto en solo ocho minutos, pero empezaré. Mi nombre es Nur Agbaria, y como dijo Ido, soy estudiante de Derecho en la Universidad de Haifa. Soy hijo de una familia palestina. Crecí en Jaffa: mi madre es de Jaffa, mi padre es originario de Musmus, en Wadi Ara, y la familia extensa de mi madre vive hasta hoy en el campo de refugiados de Askar, cerca de Nablus, adonde fueron desplazados durante la Nakba de 1948.

Hoy estoy aquí para compartir, para hablar de lo que cuesta decir en voz alta. No me refiero solo al miedo, sino a la eliminación: no solo al borrado de mi opinión o de mi idioma, sino de la identidad misma. Una identidad palestina obligada a encogerse y a vivir en las sombras, precisamente en un lugar que debería permitirme florecer: la universidad, la academia. Durante estos minutos intentaré mostrar cómo ocurre esto en la práctica, basándome también en mis experiencias personales.

Comencemos por el 7 de octubre, una fecha que cambió nuestras vidas, las vidas de todos nosotros. Pero para nosotros —estudiantes palestinos en la academia israelí— también marcó un punto de ruptura histórica. Todo empezó con una rapidez casi inconcebible: incluso antes de que se tuviera una imagen completa, antes de que hubiera investigaciones o comprobaciones, la universidad tomó la decisión oficial de suspender a estudiantes palestinos sospechados de haberse expresado de manera “inapropiada”, sin ninguna audiencia previa ni procedimiento disciplinario, y —como dije— sin entender el contexto de la denuncia recibida contra ellos. En aquel momento, bastaba con tener una bandera palestina en la biografía de Instagram. No hacía falta decir nada. El mero hecho de ser sospechoso, de tener un nombre árabe, de mostrar cercanía con una identidad palestina era suficiente para suspendernos. El mensaje de la universidad era claro: La identidad de ustedes es un problema, su opinión es una amenaza, y su mera presencia es ilegítima. A partir de ese momento comenzó una oleada de silenciamiento, de estigmatización y de violencia verbal grave —especialmente en grupos de WhatsApp— que continúa hasta hoy, casi dos años después.

Quiero llevarlos de vuelta a aquel periodo. Veíamos mensajes como: *“Hay que entrar con toda la fuerza y borrar Gaza del mapa para que no quede ni un perro vivo”* o *“No hay lugar para estar en un bando que no sea el nuestro”*. Estas son citas reales que leí en nuestros grupos de WhatsApp universitarios. Junto a ellas, aparecía una advertencia clara: *“Los estudiantes que levanten la ‘bandera del aire’”* —un eufemismo para la bandera palestina— *“deben saber que están en riesgo”*. No era “podrían ser sancionados”, sino *en riesgo*. ¡Era una amenaza directa! Y no solo venía de estudiantes, sino también desde fuera del campus. Páginas en redes sociales con decenas de miles de seguidores comenzaron a publicar nombres, rostros y capturas de pantalla de estudiantes palestinos, convirtiéndonos en blancos.

Fíjense en el doble rasero: a un estudiante israelí se le permitía decir en ese momento que “hay que borrar Gaza sin piedad y no dejar ni un perro allí” y se consideraba una reacción emocional legítima, fruto del momento. Pero si un estudiante palestino expresaba dolor por la población civil

de Gaza, inmediatamente era sospechado de terrorismo. Es una brecha intolerable basada únicamente en la identidad de quien habla. Esto no es igualdad; es la sistematización de tratarnos como sospechosos permanentes.

Entonces, ¿cómo se borra una identidad? No es algo burdo. Es sistemático, un mecanismo gradual. Empieza por la autoidentificación—como persona palestina. Decir simplemente “soy palestina/o”, sin disculpas, sin aclaraciones, sin contradecirlo, de pronto se vuelve una provocación. A mí y a otros estudiantes que estudian conmigo nos dijeron, literalmente: “Si eres palestino, estás negando la existencia del Estado”. Esto revela el núcleo del problema: nuestra identidad se percibe como una amenaza y, más que como un hecho de ser, como una negación. En lugar de aceptar la identidad como un derecho básico, nos exigen probar lealtad al Estado—tranquilizar constantemente a los demás de que no representamos una amenaza. En otras palabras: solo te considerarán legítimo si renuncias a una parte de quién eres.

El primer paso para borrarlos es hacernos sentir vergüenza de quienes somos, de cómo nos presentamos. Luego viene la criminalización: cualquier declaración política se encuadra como apoyo al terrorismo. Si, aun así, logramos no desaparecer, no irnos y nos atrevemos a hablar, entonces ya no solo estamos “equivocados”: somos peligrosos. Nos convierten en amenazas a la seguridad, y así es fácil silenciarnos. En la tercera fase, hablamos de una instalación humana de protesta. El momento álgido fue cuando estudiantes organizaron una vigilia silenciosa por los bebés asesinados en Gaza; estuvimos de pie juntos. No la organicé yo, pero, por mi afiliación al movimiento “Standing Together” (Omdim Beyajád) [solidaridad árabe-judía], me convirtieron en blanco. Fuimos suspendidos por la universidad. Fuimos bombardeados con quejas; fuimos bombardeados con odio. Publicaron fotos de estudiantes en páginas extremistas. Algunas y algunos recibimos amenazas; otras personas simplemente dejaron de venir al campus.

Fíjense: los estudiantes palestinos no se atrevieron a participar; ya sabían cómo iba a terminar. Y aun así, también a ellos los borraron del discurso. No hay forma aceptable de expresar el dolor palestino. Ni siquiera palabras cautelosas, corteses y legales son aceptadas: se las tilda de incitación. Toda crítica se considera insolencia, encubrimiento o falta de gratitud. A mí me dijeron: “Vives aquí por gracia, no por derecho.” ¿El resultado? Internalizamos la opresión. Así nace el silencio. Así—nosotras y nosotros, estudiantes palestinos—dejamos de hablar, dejamos de aparecer, dejamos de sentir que este es nuestro lugar. Así nos van borrando. Una de las preguntas más difíciles que me hago es: ¿se me permite siquiera estar aquí? Y no es una pregunta de privilegio, sino de existencia básica. ¿Se me permite estudiar aquí? ¿Bajo qué condiciones? ¿Con qué identidad? ¿Hasta qué punto tengo que reducirme para sobrevivir? En este campus, mi identidad exige aprobación constante. No puedo simplemente existir. No puedo ni siquiera formular las preguntas más básicas: ¿se me permite decir la palabra “Gaza”? ¿Se me permite llorar por una niña palestina? ¿Se me permite pedir el fin de la guerra? Para mí, cada una de estas preguntas es un campo minado. La brecha es enorme: los estudiantes judíos pueden hablar, enojarse, llorar, protestar, ser parte del espacio. Yo, como palestino, primero tengo que probar que no voy a traicionar, que también tengo compasión por las vidas israelíes. Solo entonces, tal vez, me escuchen—antes de desestimar y ocultar mi opinión.

En este punto necesito detenerme y decir algo con claridad: el problema no son solo quienes insultan, amenazan o sostienen posturas racistas. El problema central es la propia universidad—la institución que se supone debe protegerme—que guarda silencio o incluso es cómplice. No es una sensación; es una observación empírica. De hecho, aquí construí un gráfico circular. Primero: la asociación estudiantil de derecha, que dice representar a todo el estudiantado (o al menos se supone que lo hace), sostiene posiciones explícitas contra la existencia de agrupaciones estudiantiles árabes y contra la propia actividad del capítulo estudiantil de “Standing Together”. Luego: la suspensión del capítulo de “Standing Together”—uno de los momentos fundamentales (ya hablamos de esto). Mostrar empatía hacia los palestinos se convirtió en motivo de sanción.. Una estudiante palestina escribió en el grupo de la clase: “Qué bueno que la universidad por fin aprendió a ponerlos en su lugar”. Esa “alegría” contó con respaldo institucional: censura de contenidos.

Intentamos proyectar el documental “No Other Land”, sobre una aldea palestina en Cisjordania. La universidad lo bloqueó. Solo tras una enorme presión pública, revirtió la decisión. ¿Por qué? Porque la película “no es apropiada”, según dijo un representante de la agrupación estudiantil Im Tirtzu (“Si lo quieres”), en la última sesión del Senado. El reglamento vigente, dijeron, “funciona”: filtra contenidos “no dignos”. Pero, ¿quién decide qué es digno? No el público—solo el público de derecha. A estudiantes palestinos también se les convoca a lo que llaman “llamadas de aclaración” para explicar su participación en protestas conjuntas judío-árabes y semanales, organizadas junto con nuestros profesores extraordinarios. Solo a estudiantes palestinos los llama seguridad del campus, y les dicen que se calmen o que calmen a sus compañeros. Incluso a la responsable del capítulo estudiantil de Hadash la interrogó la Agencia de Seguridad de Israel (Shabak), simplemente por asistir a esas manifestaciones.

Todo esto crea una cultura de miedo y, lo más grave, silencio ante la incitación israelí. Recibimos diariamente amenazas y agravios. Mensajes como: “Vete a estudiar Derecho en Gaza”, “Vivir en Palestina también es una opción para mí”, o peor: yo recibí personalmente, de un estudiante israelí de mi facultad, esta cita: “Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré; no volveré hasta acabarlos” [Salmos 18:38]. Sé por qué lo envió y qué quiso decir. Otros mensajes, incluso en árabe: “No son dignos ni de pararse a los pies de nuestros soldados de reserva—muestren respeto.” El problema no es solo el contenido. Es la respuesta de la universidad—o su ausencia. En vez de protegernos, nos ofrecieron mediación. Enviamos cartas, expusimos todas estas amenazas—y el decano nos remitió a redactar una “carta de diálogo”. Nos dijeron que lamentaban cómo nos sentíamos. Pero esto no es un sentir. Es lo que estamos viviendo. Si un estudiante palestino hubiera enviado una cita bíblica similar a un compañero judío, lo habrían suspendido de inmediato, sin preguntas. ¿Y qué pasa en la práctica? Llego a clase, me siento junto a otros estudiantes—a veces mis amigos, a veces quienes me amenazaron la noche anterior en el grupo de WhatsApp—y la sensación siempre está ahí: que cada palabra será juzgada. Hay alienación. Estoy físicamente presente, pero no pertenezco. No es porque no haya otros palestinos: es porque la mayoría tiene miedo de hablar. Hay un peligro real, no teórico, tangible. De verdad tengo miedo de que me golpeen. Y quizá la verdad más dura es que la universidad se ha vuelto un lugar inseguro para mí.

Al acercarme al final de mi charla, quiero decir algo sobre alguien que representa el dolor de todas y todos los estudiantes palestinos en los campus israelíes. Puede que estemos lejos geográficamente—yo y el estudiante de la Universidad Hebrea—pero vivimos la misma experiencia. Para nosotras y nosotros, estudiantes palestinos de Derecho en la Universidad de Haifa, por encima de todo ese dolor se cierne la figura de nuestra amiga Shada Khatib. Era estudiante de Derecho, amiga, una de nosotras. Inteligente, graciosa, joven. Fue asesinada en su casa, en Tamra, por un misil iraní el mes pasado. Nació en 2005. Murió en 2025. Tenía 20 años. Iba a examinarse con nosotras este verano, pero ya no se sentará con nosotras en clase. No terminará el grado. No seguirá soñando. Cuando la universidad entendió la magnitud del hecho, nos dijo: pueden hablar de esto—pero sin política. ¿Cómo? Shada murió en una guerra—una guerra que no elegimos—en su casa, siendo civil, palestina, estudiante. Les pregunto: si, Dios no lo quiera, un soldado israelí que estudia conmigo muriera en combate, ¿también nos dirían que no hablemos “de política”? ¿Nos prohibirían llamarlo héroe de Israel? No pido un trato especial. No busco privilegios: solo el derecho humano básico a doler, a recordar, a decir que no era un número. Tenía un nombre, un rostro, una sonrisa. Pero no se nos concedió ese espacio. Se espera que sigamos, que nos concentremos en los estudios, que calleemos. Y menciono a Shada aunque este acto sea sobre Gaza, porque su muerte es una prueba dolorosa de que ni siquiera nuestra muerte, la muerte palestina, es bienvenida aquí. Incluso en la muerte, se espera que guardemos silencio, ya sea en Tamra o en Gaza.

Al final, lo único que hemos pedido es ser. Pertenecer. Llorar. Ser vistas y vistos. Pero en el campus, y en la sociedad israelí en general, mi propia identificación como palestino ya es sospechosa. Mis lágrimas por una niña en Gaza, o por una amiga como Shada, se tratan como traición a la nación. Mis preguntas sobre la guerra se leen como amenazas. En un espacio que se supone sostiene el

pluralismo, los derechos y la libertad de expresión, vivo bajo restricciones. No es un accidente. Es un sistema. Y el silencio no es neutral: es silencio ante la violencia, la exclusión y la incitación; es complicidad. Y si tengo un mensaje—por pequeño que sea—es este: véannos. Déjennos ser. No por generosidad ni por tolerancia, sino con el reconocimiento profundo de que la voz palestina también forma parte de esta historia. Nuestro dolor merece tener su lugar.